

DONNER (*colocándose enfrente de los dos gigantes*).—No habéis sentido aún el duro golpe de mi clava.

FAFNER.—¿Á qué vienen ahora las amenazas?

FASOLT.—Hemos venido á reclamar nuestro sueldo, no á combatir.

DONNER (*levantando el mazo*).—Más de una vez os he pagado ya; nunca quedé á deber á usureros. Acercaos, y satisfaré vuestra cuenta.

WOTAN (*interponiendo su lanza entre los combatientes*).—Detente, no hagas nada por la fuerza. Mi lanza defiende el pacto.

FREIA.—¡Oh desdicha! Wotan me abandona!

FRICKA.—¿Llegaré á comprender tus intenciones hombre cruel?

WOTAN.—Loge al fin! Llegas á solventar el mal contrato que hiciste.

LOGE (*viniendo del fondo del valle*).—¡Cómo! qué contrato! ¿el de los gigantes? Yo estoy por las alturas y no me placen las praderas, ni la casa, ni el hogar. Donner y Froh, como piensan casarse, gustan de eso. Wotan deseaba un salón regio y un castillo. El patio, el salón, el suntuoso alcázar están contruídos ya; yo mismo examiné sus majestuosas murallas. Fasolt y Fafner ejecutaron la obra con gran maestría. No estuve pues ocioso, como otros que me oyen, y quien diga lo contrario miente.

WOTAN.—Con gran astucia eludes mis preguntas. Guárdate de engañarme. Soy entre todos los dioses tu único amigo y forcé á recibirte á los que sospechan de ti. Habla y aconséjame bien. Cuando los constructores alzaron el castillo pidieron en recompensa á Freia; yo consentí, porque tú me prometiste salvarla.

LOGE.—Prometí buscar asiduamente un medio de evadir el compromiso; pero no lo que es imposible.

FRICKA (*á Wotan*).—Mira en qué astuto malvado pusiste tu confianza.

DONNER.—Maldito! malvado!

LOGE.—Para cubrir su afrenta me insultan los necios. (*Donner y Froh intentan echársele encima*).

WOTAN (*impidiéndoselo*).—Dejad en paz al amigo. Ignoráis sus artificios. Cuanto más tarda en darlo, más vale su consejo.

FAFNER.—Basta de vacilaciones; pagadnos pronto.

FASOLT.—Mucho tardáis.

WOTAN (*á Loge*).—Oye y contesta, ¿por dónde andabas hoy?

LOGE.—Siempre premiásteis con ingratitud mis favores. Por ti iba buscando algo que dar á los gigantes en sustitución de Freia. ¡Trabajo inútil! me convencí de que no existe en el mundo, para el hombre, nada que pueda suplir el valor y los hechizos de la mujer. (*Asombro en los presentes*). Donde quiera que existe la vida, la actividad, en el agua, en la tierra, en el aire, donde el movimiento y la fuerza obran sus prodigios, donde crecen y se desarrollan los gérmenes, nada hay que equivalga al cariño, al amor de la mujer. En ninguna parte hallé quien renunciara á él; sólo uno trueca sus delicias por el brillo del oro; las hermosas ninfas del Rhin me contaron sus pesares. El tenebroso nibelungo Alberto, después de haber solicitado en vano el amor de las ninfas, y enfurecido con sus desdenes, se vengó robándoles el oro; ahora dirigen á ti, Wotan, sus quejas, pidiendo que castigues al ladrón y les devuelvas el tesoro robado. Me encargaron que así te lo dijera y cumplo con ésto.

WOTAN.—Torpe eres, si no hablas con malicia: ¿cómo quieres que socorra á otros cuando me ves á mí mismo en tal apuro?

FASOLT (*que habrá escuchado muy atento; á Fafner*).—No consiento que posea tan gran tesoro el maldito enano; mucho nos dió qué hacer hasta ahora y siempre le salvaron sus ardides.

FAFNER.—Algún nuevo acto de envidia proyectará contra nosotros el nibelungo si el oro le da su poder; oye, Loge, dinos sin engaño ¿qué hechizo tiene el oro que así le basta al nibelungo?

LOGE.—Sumergido en el fondo de las aguas, es tan sólo un juguete para divertir á las ninfas; mas una vez haya forjado con él un anillo, tendrá Alberto en sus manos el dominio del mundo entero.

WOTAN.—Á menudo oí ponderar el valor del oro y sus rojizos fulgores, y el poderío inmenso, las riquezas sin número que se alcanzan con el anillo.

FRICKA.—¿Sirve también esa bagatela de reluciente joya para adorno de las mujeres?

LOGE.—La hermosa que llegue á poseer el anillo que están forjando los enanos, se aseguraría la fidelidad de su marido.

FRICKA.—¿Y no podría el mío obtener el oro?

WOTAN.—Muy provechoso había de ser, ¿pero cómo hacerlo, Loge? ¿cómo aprender el arte de forjar esa joya?

LOGE.—Un mágico encanto convierte el oro en anillo; nadie lo sabe, mas quien renuncia al amor lo encuentra fácilmente. (*Wotan volviéndose, desanimado*). Llegas ya tarde; Alberto no dudó, y alcanzó el poder del encanto. Forjado está el anillo.

DONNER.—Si no se lo arrebatamos, nos dominará á todos.

WOTAN.—Quiero poseerlo.

FROH.—Fácil es ahora, pues no hay que renunciar al amor.

LOGE.—Ni se requiere artificio alguno; es un juego de niño.

WOTAN.—Dime qué debo hacer.

LOGE.—Robarlo simplemente! no harás más que quitarle á un ladrón lo que él robó: ¿hay algún medio más sencillo para obtener lo ageno? Pero Alberto se

defenderá cuánto pueda y por tanto deberás acercarte á él cauteloso y astuto y reprenderle por haber despojado de su tesoro á las ninfas. Luégo se lo devuelves, que es precisamente lo que te piden.

WOTAN.—¿Á las ninfas del Rhin? ¿por qué sales ahora con este consejo?

FRICKA.—Nada quiero con ellas; á muchos hombres han seducido, por desgracia mía.

(*Wotan de pié, indeciso y absorto, parece sostener un combate consigo mismo; los demás dioses le contemplan esperando ansiosos su resolución.—Fafner y Fasolt discuten aparte.*)

FAFNER.—Créeme; más vale el oro que Freia; el que llega á poseerlo alcanza eterna juventud. (*Se vuelven á acercar á los demás*). Oye, Wotan: quédese Freia con vosotros y danos en cambio el oro del nibelungo.

WOTAN.—¿Estáis en vuestro juicio? ¿cómo queréis, desvergonzados, que os dé lo que no tengo?

FAFNER.—Mucho trabajo nos costó levantar aquel castillo; á ti en cambio te será muy fácil con tu astucia coger al nibelungo.

WOTAN.—¿Y he de tomarme por vosotros tal molestia? Á vosotros la gratitud os hace orgullosos y descarados.

FASOLT (*coge de pronto á Freia y la lleva á un lado con Fafner*).—Aquí con nosotros; servirás de rehenes.

(*Exclamaciones de Freia; consternación en los dioses*).

FAFNER.—La llevaremos lejos de aquí; hasta la caída de la tarde será considerada como prenda; volveremos luégo; si no encontramos preparado el oro...

FASOLT.—Entonces habrá acabado la tregua y Freia será para siempre nuestra.

FREIA.—¡Hermana! Hermanos! Salvadme! Ayudadme!

(*Los gigantes se la llevan precipitadamente, y suenan á lo lejos desgarradores gritos.*)

FROH.—Corramos tras ellos!

DONNER.—Arriesguémoslo todo.

(Mira á Wotan como interrogándole.)

LOGE *(siguiendo con la mirada á los gigantes)*.—Ya trepan por rocas y colinas; ya atraviesan la corriente del Rhin; triste cuelga Freia de los hombros de aquellos crueles! ¡Cómo corren con vacilante y torpe paso por la llanura! No pararán hasta llegar á la ciudad. *(Volviéndose á los dioses.)* ¿Qué está pensando Wotan enfurecido? ¿Qué hacen los dioses? *(Invade la escena pálida neblina que va espesándose. Palidecen y envejecen por momentos los dioses; todos miran con ansia á Wotan que permanece meditabundo, fija la vista en el suelo.)* ¿Me engaña la neblina? ¿Soy víctima de algún sueño? ¡Cuán deprisa os marchitáis y palidecéis! Se extingue el fulgor de vuestras miradas! Animo! Aún es tiempo, Froh. ¡Oh, Donner, tu mano se rinde al peso del mazo! ¿qué es de Fricka? ¿nada le importa la palidez de Wotan, que le envejece?

FRICKA.—Oh desdicha! ¿qué ha sucedido?

DONNER.—Desmayan mis fuerzas.

FROH.—Se me oprime el corazón.

LOGE.—Ya acerté con la causa; oíd. Hoy no habéis comido de la dorada fruta de Freia, que os conserva fuertes y jóvenes; la que cuida de ella está ahora en rehenes; de las ramas del árbol cuelgan marchitas las manzanas y presto se podrirán y caerán; á mí poco me importa, pues no soy de tan celeste origen como vosotros y Freia se mostró siempre avara conmigo; mas vosotros lo sacrificasteis todo á la conservación de esa fruta que os rejuvenecía; no lo ignoraban los gigantes y han atentado á vuestra vida. Oíd el modo de defenderos de ellos. Sin las manzanas, la raza de los dioses envejecerá y morirá achacosa, ludibrio del mundo.

FRICKA.—Wotan, esposo mío desdichado: mira cuánta desgracia trajo tu mala ventura!

WOTAN *(irguiéndose como impulsado por firme resolución)*.—Ea, Loge, vente conmigo. Vamos á la sierra del nibelungo!

LOGE.—Las ninfas del Rhin te pidieron auxilio: ¿podrán esperarlo de ti?

WOTAN *(arreatado)*.—Cállate, charlatán. Á Freia la buena, á Freia la hermosa, hemos de rescatar.

LOGE.—Te seguiré con gusto donde desees. ¿Quieres que pasemos el Rhin? ¿quieres que vayamos directamente en busca de Alberto.

WOTAN.—Por el Rhin no.

LOGE.—Pues descenderemos por los abismos; vente conmigo.

(Precediendo á Wotan desaparece por una grieta de la cual se desprenden vapores sulfurosos.)

WOTAN.—Vosotros aguardadme aquí, hasta el ocaso. Voy á buscar el oro con que rescatar la juventud perdida.

(Sigue á Loge hundiéndose tras él en la grieta. El vapor de azufre que sale de ella se esparce por el escenario y lo llena de espesísimas nubes hasta hacer invisibles á los demás personajes.)

DONNER.—Buen viaje, Wotan.

FROH.—Séate propicia la suerte.

FRICKA.—Vuelve pronto; tu mujer te espera llena de angustia.

(El vapor de azufre se ennegrece cada vez más y se convierte al fin en áridas rocas subterráneas, de manera que parece que poco á poco se hunde el escenario en la tierra.)

ESCENA III

(Una luz rojiza va iluminando lentamente el proscenio que representa un abismo subterráneo cruzado en todas

direcciones por estrechos desfiladeros. Alberto trayendo á Mime cogido de una oreja y chillando.)

ALBERTO.—Ven acá, enano ruín! Voy á atormentarte sin compasión, como no acabes pronto la joya preciosa que te he encargado.

MIME (*aullando*).—Suéltame! ya está! Con mucho trabajo pude terminarla.

ALBERTO (*soltándole*).—Pues entonces, ¿en qué piensas? ¿por qué no me la enseñas desde luégo?

MIME.—Dudaba de si aún faltaría algo.

ALBERTO.—¿Qué dices? ¿pues no está concluida?

MIME (*confuso*).—Algo falta.

ALBERTO.—Tráeme en seguida lo que hayas hecho. (*Intenta cogerle otra vez de la oreja y Mime asustado deja caer al suelo su trabajo que tenía fuertemente asido. Alberto lo levanta al instante y lo examina con detención.*)

Muy bien está y tal como te había mandado. Es decir, picarón, que querías engañarme y quedarte la joya que mi destreza te enseñó á forjar? (*Se cubre la cabeza con el casco.*) El casco me va bien; veamos ahora si ejerce también el encanto. ¡Noche y tinieblas! quiero ser invisible. (*Desaparece. En su lugar se alza una columna de humo.*) ¿Me ves, hermano?

MIME (*mirando admirado á su alrededor*).—¿Dónde estás? No te veo.

ALBERTO (*invisible*).—Pues entonces, siénteme. ¡Miserable holgazán! Toma eso por tus ganas de robar. (*Mime grita y se retuerce bajo el dolor de los azotes que recibe; suena el golpe de los azotes pero no se ve la disciplina.—Alberto, invisible, se ríe.*) Gracias, estúpido. Veo que tu trabajo es bueno. ¡Oh, nibelungos, inclináos ante Alberto! Por todas partes estará vigilándoos! Despedíos para siempre de la tranquilidad y el reposo! Aunque no le veáis, estaréis siempre bajo su dominio! Escuchadle; ahora se acerca el señor de los nibelungos!

(*La columna de humo va desapareciendo hacia el fondo: se oye la voz de Alberto cada vez más lejana, que regaña y grita. Salen fuertes aullidos de las cuevas subterráneas. Mime cae rendido por el dolor; Wotan y Loge que bajan por una hendidura, oyen sus hondos suspiros.*)

LOGE.—Aquí está Nibelheim. ¡Cómo centellean allí bajo aquellas chispas de fuego!

WOTAN.—Oigo tristes gemidos. ¿Quién yace aquí entre las piedras?

LOGE.—¿Qué estás lamentando aquí tendido?

MIME.—Oh! Oh! Ay! Ay!

LOGE.—Mime! Enano alegre, ¿qué te pasa? ¿qué te aflige?

MIME.—Déjame en paz!

LOGE.—No sólo te dejaré en paz, sino que voy á ayudarte.

MIME (*levantándose un poco*).—¿Quién ha de poderme ayudar? Tengo que obedecer á mi propio hermano que me ha encadenado.

LOGE.—¿Á qué debe el poder de encadenarte, Mime?

MIME.—Con maligna astucia conquistó Alberto el oro del Rhin y de él se forjó un anillo cuyo sorprendente influjo admiramos temblando todos; con él domina el ejército nocturno de los nibelungos. En otros tiempos, forjábamos sin cuidado y descansados, riendonos en medio de tan insignificante fatiga, adornos y joyas para nuestras mujeres. Ahora este perverso nos obliga á deslizarnos por entre las peñas y á trabajar tan sólo para acumular inmensos tesoros. Por medio del mágico anillo acierta su codicia el sitio en donde se halla escondido, entre las rocas, el oro brillante. Entre las peñas tenemos que trabajar; extraerlo, fundirlo y forjar con él las joyas, y acumular tesoros para este señor.

LOGE.—¿De modo que en este momento acaba de castigarte por holgazán?

MIME.—Á mí, infeliz, me atropelló más que á nadie. Primero me mandó forjar un casco; me dió los más exactos detalles para su construcción, y conociendo yo en seguida las mágicas propiedades de mi propio trabajo, quise quedarme con él para librarme de la tiranía de Alberto y robarle luégo el anillo; así, en lugar de ser él mi señor y yo su esclavo, habia de verme libre y á él obedeciéndome.

LOGE.—Y á ti, tan listo, ¿cómo no te fué posible conseguirlo?

MIME.—¡Ah! Porque yo que hice el yelmo, no conocia bien su mágico encanto. Quien me enseñó á forjarlo y me lo arrancó de las manos, sólo me mostró después, harto tarde por desgracia, cuán grande hechizo encerraba; desapareció á mis ojos y me azotó con su brazo invisible. Esas son las gracias que yo me gané, simple de mí!

(Se pasa, gimiendo, la mano por la espalda. Los dioses rien.)

LOGE (á Wotan).—Ya ves que no será fácil cogerlo.

WOTAN.—Tu astucia nos ayudará á vencer al enemigo.

MIME (*sorprendido de la risa de los dioses, los mira con atención*).—¿Quién sois, extranjeros? ¿qué preguntáis de ese modo?

LOGE.—Amigos tuyos; queremos salvar de su desgracia al pueblo de los nibelungos.

(Suenan otra vez los gritos de Alberto.)

MIME.—¡Mucho cuidado! Alberto se acerca.

WOTAN.—Aquí le esperamos.

(Se sienta tranquilamente sobre una piedra; Loge está apoyado á su lado. Alberto, que se ha quitado el casco y lo ha colgado del cinturón, hace salir á fuerza de azotes, de una cueva, á un regimiento de nibelungos: van cargados de multitud de alhajas de oro y plata que depositan formando un gran montón, mientras Alberto sigue riñéndolos.)

ALBERTO.—¡Aquí, allá! ¡holgazanes! Amontonadlo todo allí. ¡Tú adelante! abajo las joyas! á ver si tendré que ayudaros! todo aquí! (*De pronto repara en Wotan y Loge.*) ¡Eh! ¿quién va allá? Aquí conmigo, Mime, tunante ruín. ¿Por ventura charlaste con este par de vagabundos? ¡Vete, holgazán, á forjar y trabajar! (*Azotándole le obliga á reunirse con los demás nibelungos.*) ¡Ea! á trabajar todos! ¡Fuera todos de aquí! Sacadme el oro de las nuevas grutas! Si no os dais prisa os haré sentir las caricias del látigo! Mime, tú te encargas de que todos trabajen sin cesar si no quieres probar la fuerza de mi brazo: ya sabes bien que estoy en todas partes aunque no me veáis. ¿Dudáis todavía? (*Se quita el anillo del dedo, lo besa y lo enseña.*) Tiembla y desespera, pueblo de esclavos: Obedeced al instante al dueño de este anillo!

(Gritando y aullando desaparecen los nibelungos y Mime entre ellos.)

ALBERTO (*mirando furioso á Wotan y Loge*).—¿Qué buscáis aquí?

WOTAN.—Han llegado á nosotros extrañas noticias del oscuro país de los nibelungos: nos dijeron que Alberto hacia por aquí grandes maravillas y á admirarlas nos trajo la curiosidad.

ALBERTO.—¡La envidia os trae á Nibelheim!; sé muy bien lo que son huéspedes tan atrevidos.

LOGE.—¿Con que tan bien me conoces? ¡necio! Pues dí: ¿no sabes con quién hablas que ladras de este modo! Cuando estabas tendido temblando de frío en tu oscura madriguera, ¿quién te hubiera dado luz y vivificante llama, si Loge no te hubiese sonreído? ¿De qué te serviría el forjar si no te hubiese calentado la fragua! Yo soy tu primo y fuí tu amigo: me place ahora tu gratitud.

ALBERTO.—Qué buena cara pone ahora Loge á los hijos de la luz, ¡pícaro astuto!; si eres su amigo como

lo fuiste mío, habla; entonces nada temo de ellos.

LOGE.—Creo que puedes fiarte de mí.

ALBERTO.—¡ Sólo creo en tu infidelidad! Pero á todos vosotros os haré frente, sin miedo.

LOGE.—¡ Mucho valor te dió tu anillo: grande es tu poder!

ALBERTO.—¿ Ves el montón que me ha acumulado mi ejército?

LOGE.—¡ Nunca ví nada más envidiable!

ALBERTO.—Hoy no es más que un montoncito insignificante, pero llegará á ser formidable y nunca visto.

WOTAN.—¿ De qué te sirven tales tesoros en este triste país de tinieblas?

ALBERTO.—La eterna noche de Nibelheim me ayuda á acumular mis tesoros; con todo aquel montón que ves en aquella cueva, me propongo hacer la maravilla de conquistar el mundo entero!

WOTAN.—¿ Cómo piensas gobernarte para conseguirlo?

ALBERTO.—Á vosotros, los que habitáis allí arriba donde sopla la brisa suave, entregados á las dulzuras del amor y de la alegría, á todos vosotros, dioses, os cogeré con mi puño de oro. Así como renuncié al amor, vosotros tenéis que renunciar á todo ser viviente; el oro ha de ser vuestro único deseo. En las deleitosas regiones celestes os divertís y despreciáis al oscuro enano. Pero poneos sobre aviso! Cuando vosotros los hombres estéis bajo mi poder, vuestras hermosas mujeres, que desprecian mis galanterías, servirán al placer del enano ya que no le sonríe el amor, ¿ lo entendéis? Cuidado, cuidado con el ejército nocturno cuando salga de las profundidades de Nibelheim á la claridad del día!

WOTAN (*enfurecido*).—¡ Muere, vil criminal!

ALBERTO.—¿ Qué dice ese?

LOGE (*interponiéndose*).—¡ Detente! (*á Alberto.*) ¿ Á

quién no admira la obra de Alberto? Si llegas á alcanzar lo que te propones con este montón de alhajas, no puedo menos de proclamarte el más poderoso de todos; la luna y las estrellas y el mismo sol, ellos, como todos, tendrán que servirte y humillarse ante ti como vasallos. Pero más importante que todo esto me parece que se incline sin envidia ante ti el ejército de los nibelungos. No tienes más que tocar una sortija para que temblando caiga tu pueblo á tus plantas. Pero, ¿ si mientras duermes fuese un ladrón á robarte el anillo, como lo evitarías?

ALBERTO.—Siempre se figura Loge ser un sabio y tiene á los demás por tontos: ¡ al ladrón le gustaría que necesitase de sus consejos y servicios quedándole luego obligado! Yo mismo inventé este casco maravilloso; el herrero más hábil, Mime, fué quien lo construyó: este yelmo me ayuda á transformarme cuando quiera en lo que quiera; nadie me ve cuando me busca; pero estoy en todas partes. Así, pues, estoy sin cuidado y seguro de ti, querido y cuidadoso amigo!

LOGE.—Muchas rarezas he visto, pero nunca tal maravilla. No puedo creerlo; si esto fuera posible, tu poder sería infinito.

ALBERTO.—¿ Crees que miento y que soy tan fanfarrón como Loge?

LOGE.—Hasta que lo haya visto no creo, enano, en tus palabras.

ALBERTO.—Ahora reventará, de prudencia, este pobre infeliz. ¡ Ya que no me crees atormentete la envidia! ¿ bajo qué forma quieres que me presente á ti?

LOGE.—Bajo la que quieras, ¡ pero déjame mudo de admiración!

ALBERTO (*después de haberse puesto el casco*).—¡ Serpiente gigantesca, enróscate sobre ti misma!
(*Al momento desaparece Alberto: una serpiente gigantesca*)